Año XXI. | PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, | Num. 6.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
UN NÚMERO SUELTO 2 RS.—DICHO CON PATRON 3 RS.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.—Núms. sueltos 4 rs.
La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO CON PATRON Ó SIN ÉL, 2 RS. FS.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.—Números sueltos 3 rs. fs.
DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO 4 RS. FS. CON PATRON Ó SIN ÉL.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.—Números sueltos 5 rs. fs.
La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

Sumario.—Vestidos de niños —Labores de mignardise (sobrepuestos de galoncillo.—Punta de pañuelo. — Capucha Rezia.—Capucha Sueca. — Pelerina Olga. — De patas en el infierno. —La muerte del Rey de Portugal.—En la partida á Méjico.—El noble en la miseria.—Necrologia. — Dos palabras sobre la ópera Un ballo in maschera.—El salto del caballo. — Explicacion del figurin iluminado.

Vestidos de niños.

Trage de popelina con rayas verdes.—La guarnicion se compone de plegados de tafetan verde formando delantal, y dispuestos en dos filas sobre el falso de la enagua. El trage se cierra de arriba á abajo con botones verdes. Las mangas *se guarnecen* como el trage, y los pliegues de la costura de ella se sujetan con tres botones. Sombrero redondo con ala de fieltro gris; fondo de terciopelo verde adornado de flores de terciopelo del mismo color.

Blusa de reps de lana grosella oscuro, adornada con un bordado de trencilla.—La blusa tiene el escote cuadrado, y deja ver un camisolin de nansouk bordado. Las mangas están fruncidas á todo lo largo y adornadas con trencilla.

Trage de tela de lana color castaño con losanges de seda del mismo color. — Corpiño montante; medio corpiño de terciopelo negro con hombreras iguales adornadas de hebillas de acero. Mangas semi-anchas con puño de terciopelo negro.

VESTIDOS DE NIÑOS.

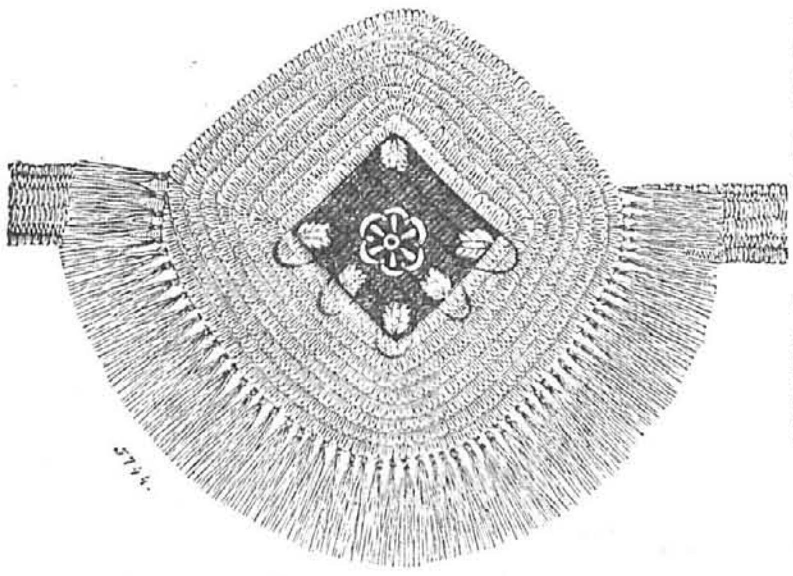
Labores de mignardise (sobrepuestos de galoncillo).

Nuestro presente número contiene un dibujo para pantalla otro de velo de butaca, hechos ámbos con esta labor.

El primero, que se *compone de trozos* separados (ocho ó nueve segun la dimension de la lámpara) puede hacerse con galoncillo blanco ó negro; se forra la pantalla con crespon, ó mejor todavía, con tarlatana rosa, azul *ó verde.*

No hay para qué encomiar el efecto encantador de esta combinacion; nuestras lectoras pueden juzgar por sí mismas. El velo de butaca, que puede convertirse tambien en cubierta de cojin, en colcha de cama, etc., se hace con galoncillo blanco; las estrellas grandes y pequeñas se *forman por separado;* se las reune cuando se tiene un número suficiente de ellas; basta, por tanto, calcar una estrella grande y otra pequeña, y seguir los contornos cosiendo el galoncillo en todos los

© Biblioteca Nacional de España



N.º 1.—CAPUCHA REZIA.

sitios en que se cruza. El mismo dibujo sirve para todas las estrellas, puesto que el papel no se estropea, toda vez que no hay que atravesarlo con la aguja.

Se ejecutan con esta labor en negro pelerinas que son mas bellas que el mejor guipure.

Punta de pañuelo.

Se le borda de realce y á punto de armas; este último se hace en todas las partes señaladas con puntitos. Puede tambien suprimirse, y entonces se borda el pañuelo entero al realce; se labran puntos de encage en el corazon de las hojas, ó bien se le colocan sobrepuestos de tul.

Capucha Rezia.—(Crochet.)

PUNTO DE TALLO Y PUNTO GRIFO.

(*Véase para la explicacion de estos puntos el n.º 10 de este periódico, correspondiente al año anterior*).

MATERIALES.—56 gramos de lana fina blanca (lana céfiro), 48 gramos de la misma lana azul claro; dos metros de cordoncillo de oro; dos moldes planos de madera de diferentes anchos; un crochet.

Se principia esta capucha por el fondo, que es azul; se arman 40 puntos, se coloca un molde de madera, que tenga 2 centímetros de ancho, y se hacen á punto de tallo 10 vueltas, compuestas cada una de 40 puntos: esto forma un cuadrado de 15 centímetros poco mas ó menos; se vuelve en seguida la labor, y lo que era *revés* se convierte en *derecho* para hacer el punto grifo. Se rodea este cuadrado con puntos sencillos (lana blanca) creciendo algunos puntos en cada punta ó esquina. Sobre esta vuelta se hace el punto grifo, empleando un molde de madera de un centímetro y tres cuartos de ancho (véase el dibujo que representa la cupucha extendida).

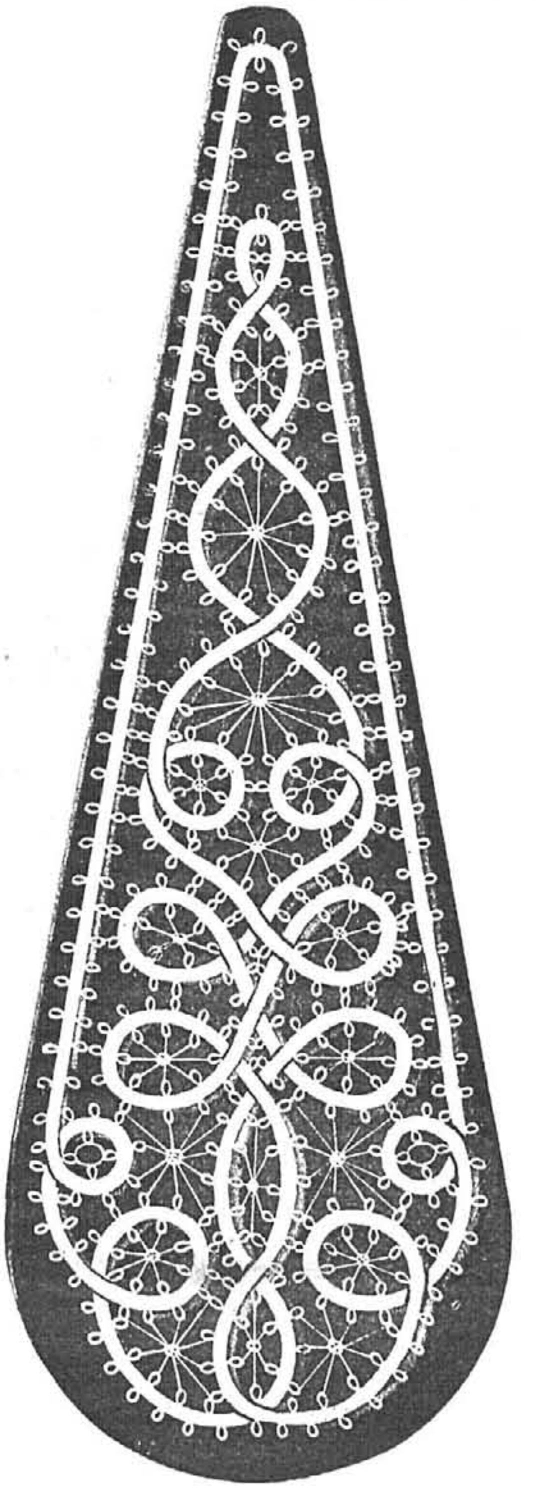
1.ª *vuelta.*—En cada punto sencillo de la vuelta anterior se hace una brida doble; en cada esquina ó punta se crecen algunas bridas, á fin de que el cuadrado permanezca plano; esta vuelta debe tener 194 bridas con corta diferencia. Se une el último punto al primero, y se hacen algunos puntos en el aire para formar la primera brida de la vuelta siguiente: siempre se continúa haciendo lo mismo al principio de cada vuelta, puesto que esta capucha no se hace en espiral.

2.ª *vuelta.* Como la 1.ª. — Se crece en las puntas de modo que se tengan cinco puntos mas en cada una de ellas; hay por lo tanto 20 mas en esta vuelta.

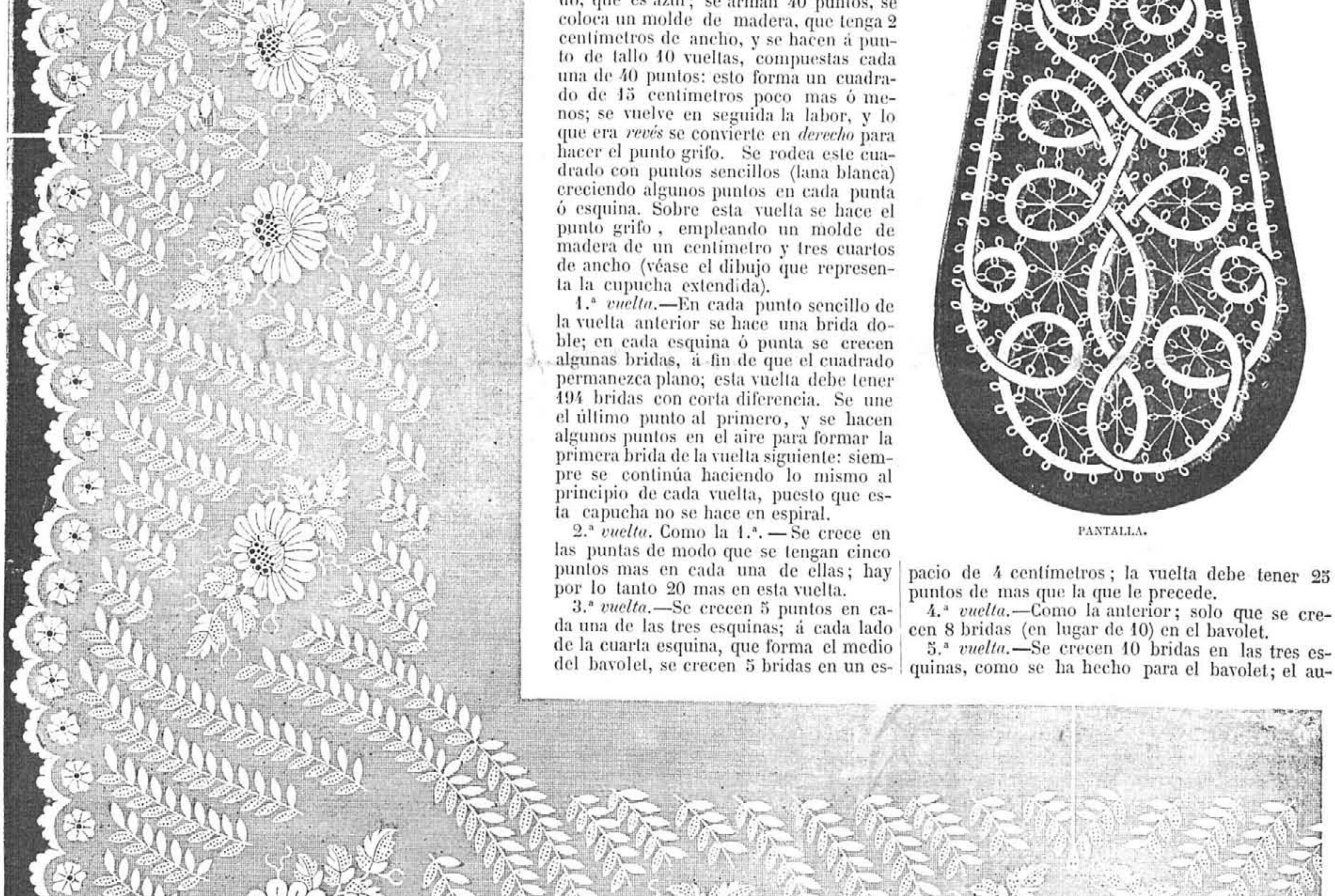
3.ª *vuelta.*—Se crecen 5 puntos en cada una de las tres esquinas; á cada lado de la cuarta esquina, que forma el medio del bavolet, se crecen 5 bridas en un espacio de 4 centímetros; la vuelta debe tener 25 puntos de mas que la que le precede.

4.ª *vuelta.*—Como la anterior; solo que se crecen 8 bridas (en lugar de 10) en el bavolet.

5.ª *vuelta.*—Se crecen 10 bridas en las tres esquinas, como se ha hecho para el bavolet; el au-



PANTALLA.



PUNTA DE PAÑUELO.

© Biblioteca Nacional de España

mento ó crecido no debe colocarse solo en las esquinas, sino mas bien en los lados.

6.ª *vuelta.*—Se la hace solo en el bavolet. Se principia por la esquina mas próxima á él; se crecen dos bridas en el medio de la vuelta de 8; al fin de la vuelta, esto es, en la esquina del otro lado del bavolet, se crecen dos bridas. En seguida se corta la hebra de lana.

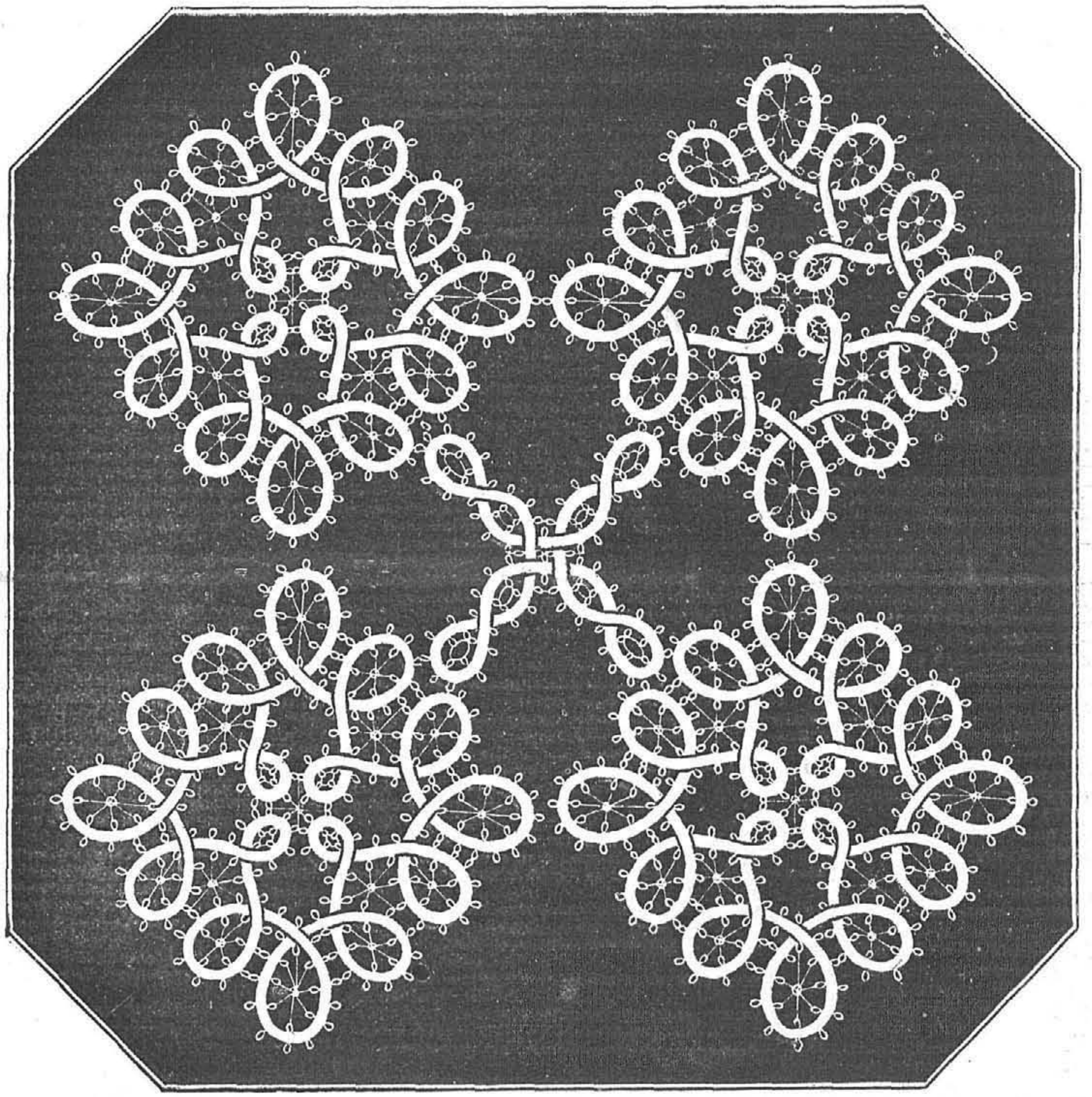
7.ª *vuelta.*—Se la comienza al principio de la precedente; en tres de las esquinas se crecen 5 bridas para cada una; en el bavolet se crecen 10. Cuando se ha llegado al fin de la vuelta anterior se hacen algunas bridas triples, á fin de mantener recto el borde, y de unir las bridas de la 5.ª vuelta llenando los vacios. Terminada esta 7.ª vuelta, se hacen algunas bridas triples y sencillas para llenar los vacios que se hallan entre las vueltas 5.ª y 7.ª

8.ª *vuelta.* —Se la hace todo al rededor de la capucha; en medio del bavolet se crecen 10 bridas; en cada *una de tres esquinas se crecen* 5.

9.ª *vuelta.*—Se la hace solo en el bavolet, sin crecido: el resto de la capucha se rodea con puntos sencillos que deben apretar un poco el ala.

La guarnicion afelpada (véase el n.º 10 correspondiente al año anterior) rodea el fondo formando festones; se la hace con lana azul; debe tener un metro 15 centimetros de largo; se cose en el extremo de cada feston una borla de lana azul que tenga 7 y medio cntímetros de largo, y se coloca en el borde del bavolet un fleco de 10 centimetros. En medio del fondo se borda una roseta al pasado con lana blanca; se le pone al rededor un cordoncillo de oro; en cada feston y en la punta del ala se hace una palma en *espina*, en medio de la cual se cose un pedacito de cordoncillo de oro.

Los cabos para atar la capucha se componen de 2 vueltas á punto de tallo con lana blanca, orladas por una vuelta á punto *grifo* con bridas sencillas (lana azul); al extremo de cada cabo se coloca una borla de lana azul que tenga 12 centimetros de largo.



VELO DE BUTACA.

Capucha Sueca.

CROCHET.—PUNTO GRIFO Y PUNTO DE TALLO.

MATERIALES.—128 gramos de lana fina (céfiro) blanca; 16 gramos de la misma lana grosella; 6 metros y medio de cordoncillo de oro (mediano grueso); un crochet de mediano grueso; dos moldes planos de madera de diferentes anchos; aguja de hacer punto del n.º 1.

Esta capucha se hace con lana blanca céfiro; el ala y los cabos á punto de *tallo*, el fondo á punto *grifo*; los adornos se componen de guarnicion afelpada, de rosetas, de borlas, etc.

Se arman 158 puntos (ala), y se hacen las tres primeras vueltas, sin crecer ni menguar, sobre un molde de madera que tenga 2 centimetros de ancho. Cada una de las 3 vueltas siguientes se acorta *en 20 puntos al principio* y al *fin; la 6.ª vuelta no* tiene ya mas que 38 puntos; ella termina el ala. Se hacen con el punto grifo sobre un molde de madera de 1 centímetro y tres cuartos de ancho, *por el* revés de la labor, los puntos abandonados en las 3 últimas vueltas, de modo que se restablezca en cada una de ellas el número de 158 puntos. Se labra en seguida el fondo de la capucha á punto grifo; en las 12 primeras vueltas se deja un punto al principio y al fin de cada una, de modo que la vuelta 12.ª se compone de 134 puntos. Las 8 vueltas siguientes se disminuyen en 2 puntos al principio y al fin de cada una; la 20.ª se compone de 102 puntos. Se hacen en seguida 3 vueltas, menguando 3 puntos al principio y al fin; despues otras 3 menguando 4 puntos al principio y al fin; por último, 2 menguando 5 puntos al principio y al fin; la vuelta 28.ª, que es la última, tiene 40 puntos.

En los dos lados transversales del ala, que no tiene en sus extremos sino 3 vueltas de ancho, se hace una vuelta á punto de tallo que alarga un poco este ala.

La guarnicion afelpada que la rodea se hace con 16 á 20 hebras de lana blanca sobre la aguja del n.º 1; debe tener metro y medio de largo. Las borlitas se forman con lana grosella, y se colocan en dos filas sobre la guarnicion; estas borlitas están separadas por un espacio de 2 centimetros y medio poco mas ó menos, y están rodeadas por el cordoncillo de oro que serpea de una á otra fila. Las rosetas (lana grosella) se hacen en franja (véase la Fanchon Fenela); se colocan 6 de estas rosetas en el ala; en medio de cada roseta se ponen, en lugar de botones, algunas presillas de cordoncillo de oro.

Los cabos para atar (de lana blanca) se hacen con dos vueltas de punto de tallo; se arman 100 puntos, y despues de haber formado las dos vueltas, se las rodea con una hebra á punto grifo con *bridas sencillas; se cosen estos* cabos de atar en el interior de la capucha, á 10 centimetros de distancia del borde, y en el otro extremo suelto se po*ne una borla de lana grosella de 12 centimetros* de largo.

Se arma el fondo sobre un cordon hecho de crochet, *cosido en el interior de la capucha; esta* debe plegarse á gruesos pliegues, de modo que forme en medio un bavolet de unos 20 centimetros de ancho, *sobre el cual se soloca un copete grande y dos* borlas de lana grosella.

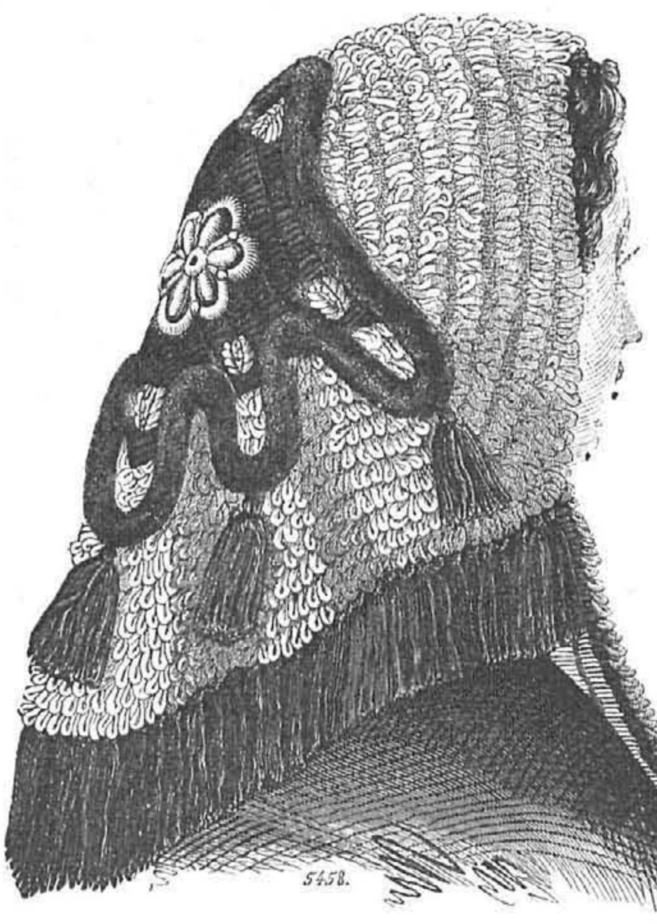
Pelerina Olga.

CROCHET.—PUNTO DE TALLO Y PUNTO GRIFO.

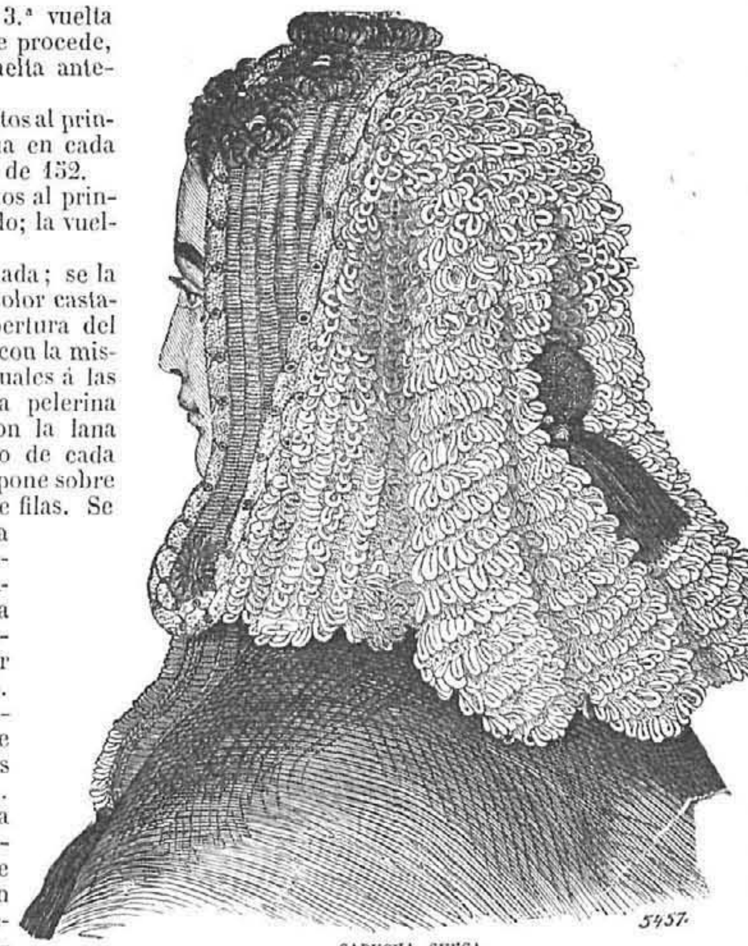
MATERIALES.—*160 gramos de lana color castaño; 112 gramos de l a* gris muy fina (inglesa); 20 botones combados de metal; 2 moldes planos de madera de diferentes tamaños; un crochet de mediano grueso.

El fondo de la pelerina se hace á punto *grifo*

© Biblioteca Nacional de España



CAPUCHA REZIA.



CAPUCHA SUECA.

(véase el n.º 10) sobre un molde de madera de un centímetro y tres cuartos de ancho; se principia por el lado de arriba, y se arman 128 puntos con lana color castaño.

1.ª *vuelta*.—Sin crecido ni menguado.

2.ª *vuelta*.—Se crecen 25 bridas, esto es, se hace una brida de mas entre cada 5, esta vuelta tiene, por tanto, 153.

3.ª *vuelta*.—Se crece del mismo modo entre cada 5 bridas; la vuelta se compone de 183 puntos.

4.ª *vuelta*.—Se crece como en las anteriores; esta vuelta tiene 37 bridas mas, en todo 220.

5.ª *vuelta*.—45 bridas mas, en todo 265.

6.ª *vuelta*.—27 bridas mas; se crece entre cada 10 bridas poco mas ó menos; en todo 292.

Las once vueltas siguientes sin crecido. Se ha terminado el fondo.

Se toma la lana gris, y se continúa la pelerina con el punto *tallo* (véase el n.º 10 citado), que se ejecuta sobre un molde de 2 centímetros de ancho, y se forman 5 vueltas que componen la orla; despues de haber terminado el fondo se vuelve la labor, toda vez que el punto tallo se hace, no al revés como el punto *grifo*, sino al derecho. No se pica el crochet en las bridas de la última vuelta, sino entre estas bridas, y eso dos veces seguidas, esto es, que despues de haber hecho un punto se hacen dos en el tercer vacio, y asi sucesivamente. Esta 1.ª vuelta se compone de 390 puntos.

Se crecen 10 puntos en la 2.ª vuelta, las otras tres no tienen aumento.

La pieza de arriba se compone tambien de cinco vueltas á punto de *tallo*, hecho con lana gris. Se comienza por la parte de arriba (abertura del cuello); se arman 115 puntos, y se hace la 1.ª vuelta sin crecido; —se crecen 20 puntos en la 2.ª vuelta, es decir, que se hacen 2 puntos en cada 5.º punto. La 3.ª vuelta debe tener 30 puntos de mas, y se procede, respecto al crecido, como en la vuelta anterior.

La 4.ª vuelta se acorta en 18 puntos al principio y al fin; el crecido continúa en cada 5.º punto; —la vuelta se compone de 152.

La 5.ª vuelta se acorta en 10 puntos al principio y al fin; se continúa el crecido; la vuelta se compone de 160 puntos.

La pieza de arriba está terminada; se la cose al fondo empleando la lana color castaño. Se hace al rededor de la abertura del cuello una pequeña orla en *espina* con la misma lana, y se preparan borlitas iguales á las que se explcaron al hablar de la pelerina Elisabet; se hacen 20 de ellas con la lana color castaño; se coloca en medio de cada una un boton de acero, y se las dispone sobre la pieza del hombro formando siete filas. Se prepara con la misma lana un cordon de 129 centímetros de largo, se ata en cada extremo 1 borla larga hecha con lana gris y se cose este cordon al rededor de la abertura del cuello. El dibujo de la orla se hace en *espina*. Esta especie de palma se repite 5 veces en el contorno de la orla. En el borde inferior de la pelerina se hacen pequeños festones compuestos de 5 puntos en el aire, — un punto sencillo, y así sucesivamente, pasando 3 puntos de la orla bajo los 5 puntos en el aire.—Tanto esta pelerina, como las que hemos publicado en anteriores números, pueden servir en toda estacion. En invierno se las lleva bajo un abrigo cualquiera; en las demás estaciones se usan para el campo ó el jardin cuando las noches son muy frescas ó cuando el dia ha sido lluvioso.

DE PATAS EN EL INFIERNO.

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuacion.)

Oigamos cuales eran sus murmuraciones.

—Pero chica, decia Marta á Teresa yendo otro dia á la fuente del castañar, ahora que estamos solas hablemos un poco de tu boda que parece el cuento de nunca acabar. ¿Sabes que yo nunca hubiera creido de D. Mateo lo que está pasando?

—Pero si no pasa nada malo...

—Ni tampoco nada bueno. ¿Te parece justo que D. Mateo no se haya casado aun contigo al cabo de mas de medio año que ha pasado desde que te pidió á tu padre?

—Si no se ha casado aun, es por un motivo muy santo y muy bueno.

—No digo que no lo sea, ni que de D. Mateo ni de ti se deba temer nada que sea contra lo que Dios manda; pero desengáñate, los malos pensamientos y las malas lenguas abundan en este mundo, y no falta quien se atreve á decir que D. Mateo nunca ha pensado en casarse contigo.

—Pues verá V. qué pronto se convencen de lo contrario.

—Así lo creo, hija, pero hay que convenir en que los que murmuran no van del todo descaminados, porque desengáñate tú, cuando un rico pone los ojos en una pobre, siempre hay lugar á pensar mal, aunque el rico parezca un santo. Luego D. Mateo, al fin es hombre, y como decia una tia mia que por cierto murió soltera, «¡hombres! con el mejor enciendan un horno!»

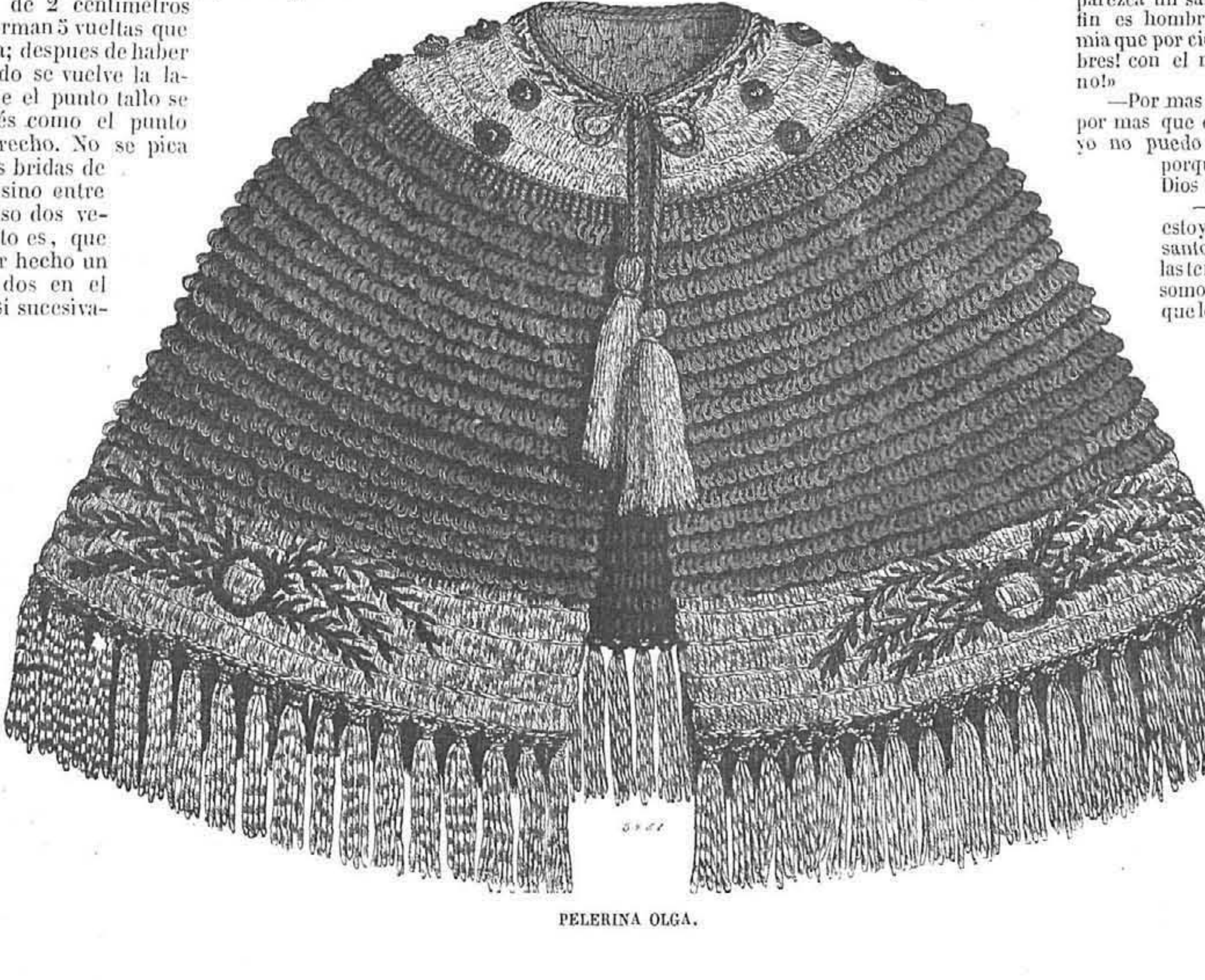
—Por mas que V. me predique, y por mas que digan las malas lenguas, yo no puedo desconfiar de D. Mateo porque sé que me quiere como Dios manda.

—Yo tambien lo sé, hija, y estoy persuadida de que es un santo, pero á pesar de eso no las tengo todas conmigo. Todos somos mortales, y figúrate tú que lo que Dios no quiera, mañana se muera D. Mateo, ¿cómo quedabas tú? perdida, porque quedabas con una nota que nadie te quitaba.

—¡En eso tiene V. razon! asintió Teresa saltándosele las lágrimas.

Pasaron dias y aun semanas, y Teresa se iba desmejorando porque no podia echar de su imaginacion las reflexiones que Marta le habia hecho cuando fueron á la fuente del Castañar.

Una tarde al anochecer, al retirarse D. Mateo á su casa, se detuvo segun su costumbre á la puerta de casa de Santiago á hablar un rato



PELERINA OLGA.

© Biblioteca Nacional de España

CEREMONIA EN LA MUERTE DEL REY DE PORTUGAL.

© Biblioteca Nacional de España

con la que pronto iba à ser su familia, y anunció à Teresa y Santiago que dentro de ocho dias quedaria instalado el hospital, y se abriria la iglesia para unirse con Teresa por toda una eternidad.

Aquella noche Teresa y su padre no durmieron de alegria.

Eran las ocho de la mañana del dia siguiente, y á Teresa comenzó á llamarla la atencion el que D. Mateo, que era muy madrugador, no hubiese bajado ya segun su costumbre á presenciar las obras que se hacian á sus espensas.

Miraba con cierta inquietud desde la ventana de su casa hácia el camino del Castañar, cuando en vez de ver bajar á D. Mateo, vió bajar corriendo desatentado á uno de sus criados.

Teresa salió asustada á su encuentro á preguntarle qué ocurría, y supo con espanto que el criado bajaba á llamar al señor cura y al médico, porque á D. Mateo, que desde el amanecer se sentia algo malo, le habia dado un accidente y se moria.

Poco despues el valle era un valle de lágrimas, porque D. Mateo habia muerto.

IV.

Cuando el narrador es hombre de buen criterio, no incurre en el anacronismo y la impropiedad de narrar con los modismos de lenguaje del siglo XIX sucesos del siglo XI, porque, ¿dónde hay cosa mas impropia y mas ridícula que, por ejemplo, hacer que Rodrigo Diaz de Vivar declare su amor á Jimena en estos términos: «Señorita, desde que tuve la dicha de verla á V. en el café, arde en mi corazon todo el fuego de los fósforos de Cascante y de las locomotoras del ferro-carril del Norte: dígame V. que quiere ser mi novia, porque si V. me da calabazas, me levanto la tapa de los sesos de un pistoletazo?»

El vulgo en sus narraciones incurre sin el menor escrúpulo en estos anacronismos y estas impropiedades por dos motivos, primero porque no sabe narrar de otro modo, y segundo, porque al ver á los que se tienen por maestros en el arte de narrar poner el *vos* en boca de los castellanos del siglo XIX, se cree autorizado á poner el *usted* en boca de los castellanos del siglo XI.

El vulgo donde pasó lo que voy contando, me refirió lo que pasó á D. Mateo asi que cerró el ojo, y lo voy á contar en los mismos términos en que me lo contaron, para que se vea hasta donde puede llegar el vulgo en punto á anacronismos é impropiedades de lenguaje.

Silencio, que vá á hablar el vulgo!

—¿Y á dónde me voy yo ahora? se preguntó á si mismo D. Mateo así que estiró la pata. Me voy al cielo, porque ¿á dónde mejor que al cielo podemos irnos los muertos?

—Como lo dijo lo hizo: hala, hala, cruzando hondos desiertos erizados de espinas, y rocas y precipicios, llegó á las puertas del cielo.

Vió que habia allí un letrero que decia: «nadie pase sin permiso del portero»; no hizo caso del letrero, porque acostumbrado á este mundo donde todo pasa, creyó que allí sucederia lo mismo.

—Eh! caballerito, ¿á dónde se vá? le preguntó un viejo que tenia una enorme calva y en la mano un manojo de llaves.

—A ver á S. M., contestó D. Mateo.

—Pues me gusta la franqueza como hay Dios! ¿No ha visto V. ese letrero que hay en la porteria?

—Hombre, déjese V. de letreros, que esos los hay en todas, y son como la carabina de Ambrosio.

—Pero es porque los porteros no cumplen con su obligacion.

—Si cumplieran otro gallo les cantaria.

¡Qué está V. hablando de gallo, grandisimo insolente! exclamó el viejo herido al parecer donde mas le dolia.

D. Mateo, que naturalmente tenia gana de entrar, vió que por malas no iba á conseguir el paso del portero, y se decidió á mudar de tono.

—Hombre, perdone V. si le he ofendido.

—Es que no andemos con indirectas, porque no las tolero.

—Y hace V. perfectamente; me gusta V. porque sabe cumplir con su obligacion. Conque diga V., ¿está Su Majestad?

—Si señor que está.

—No se parece V. á otros porteros que niegan á Cristo Padre...

—Dale bola, con las indirectas.

—Dispense V....

—Dispensé, pero ya no dispenso.

—Caramba, qué geniecillo tiene V., abuelo! Vamos, hombre, eche V. un cigarro y seamos amigos.

Y D. Mateo, sacando de la petaca un magnífico habano se lo alargó al viejo, que aunque no fumaba lo tomó por no hacer un desaire.

—Conque desea V. ver á S. M? le preguntó el portero con tono ya mas amable.

—Si V. me lo permite...

—Vamos, pasaré recado á S. M., aunque de seguro me vale una buena peluca.

—Falta le hace á V., murmuró por lo bajo D. Mateo.

—Cómo es su gracia de V.?

—Dé V. esta targetita.

—Hombre, dijo el portero leyendo la targeta; es V. tocayo de un compañero que yo tuve, y que por mas señas era escritor público. Aunque no sea mas que por eso le voy á servir á V.

—El portero entró, y salió pasado un instante.

—Trabajillo me ha costado conseguir que S. M. le reciba á V. tan temprano, pero al fin me ha dicho que le deje á V. pasar.

—Ea, muchas gracias, y ahi vá otro cigarrillo para despues de comer.

El portero abrió la mampara, y D. Mateo se colò dentro.

Quedóse D. Mateo un poco cortado al pasar á la presencia de S. M.; pero al ver que S. M. era la bondad suma, recibió aliento.

—Señor, dijo, yo venia...

—A pedir un rinconcito por aquí, no es verdad?

—Justamente, señor.

—Ya! como tonto!

—Señor, á qué está uno!

—De buena gana te le concederia, porque casi casi le mereces; pero antes tienes que llenar un requisito.

—Cuál, señor?

—El de pasar un par de días en el purgatorio.

—Pues qué delito he cometido yo para eso?

—No es nada lo del ojo! has tenido entretenida mas de medio año á una muchacha honrada.

—Pero ha sido con buena intencion.

—Es que si hubiera sido con mala irias al infierno como un señor.

—Y no habria medio de echar tierra á ese pecadillo?

—Aqui no se hecha tierra á nada. Te parece á ti que aquí hacemos lo que por allá.

—Bien, señor, me resignaré á sufrir la pena; pero vamos, que algo menos será...

—No hay menos que valga.

—No ha de tener V. M. palabra de rey...

—La tengo, y basta de conversacion. Para que veas que te estimo y que tengo en cuenta tus buenas obras, te voy á evitar el bochorno de ir de justicia en justicia como van otros.

—Dios se lo pague á V. M.

—Me das tu palabra de honor de que irás via recta á tu destino?

—Si señor.

—Ea, pues andando.

—Quede V. M. con Dios.

—Anda con Dios, hombre.

Apenas salió D. Mateo del cielo, encontró á un vecino suyo que ha[b]ia muerto hacia seis dias y á quien él creia dentro, pues todos le tuvieron siempre por un santo.

El vecino venia muy alegre.

—¡V. por aquí! esclamo D. Mateo asombrado. De donde se viene?

—Del purgatorio.

—Y cómo le han dejado á V. salir?

—Porque he cumplido y llevo ya aquí la absoluta, contestó el vecino, indicando el canuto de hojalata que llevaba al cuello pendiente de una cinta.

—Poco tiempo ha estado V. por allá.

—Poco tiempo dice V.?

—Seis dias lo mas.

—¡Seis mil años lo menos!

—Aprieta, manco! dijo para sí D. Mateo horrorizado; cuando seis dias se le han hecho á este seis mil años, floja chamusquina habrá por allá!

Y continuó su camino.

Apenas anduvo algunos pasos, se encontró en un sitio verdaderamente extraordinario: era un campo rodeado de árboles y flores, y fecundado por cristalinas fuentes; pero allí todo era vago é indeciso, lo mismo la luz que el agua, lo mismo los árboles que las flores.

La luz era triste, las flores inodoras é incoloras, los árboles no daban sombra ni fruto, el sol no calentaba, y las fuentes, apesar de ser frescas, ni aplacaban la sed ni reproducian los objetos en sus ondas.

Sentíase alli un bienestar parecido al que proporciona el sueño; pero se sentia al propio tiempo un malestar parecido al que proporciona la pesadilla.

Multitud de niños, ni tristes ni alegres, vagaban por aquel campo.

D. Mateo los acarició, y si no rehusaron sus caricias, tampoco dieron muestras de placer al recibirlas.

D. Mateo les dió cuartos para rosquillas, y los recibieron con indiferencia.

D. Mateo les echó á rodar naranjas, y las cogieron indiferentes tambien.

Por último, D. Mateo accedió al medio supremo para vencer la indiferencia de los niños, que consiste en hablarles de soldados, y los niños le oyeron como quien oye llover.

Lo único que parecia conmoverlos tristemente, era el resplandor que brillaba hácia la parte del cielo.

—Qué criaturas tan singulares! exclamó D. Mateo. Ni en el cuerpo ni en el alma sienten calor ni frio! Están como los niños del limbo!

Nuestro viagero trató de continuar su camino y dirigió la vista al paisaje que tenia delante.

Dos caminos distintos partian desde aquel campo, siguiendo el fondo de dos distintos valles.

Ambos valles eran hermosos, pero sobre todo el de la izquierda era un paraiso terrenal.

—¿Cuál de estos dos caminos, dijo D. Mateo, será el del purgatorio. Naturalmente lo será el mas florido, porque en el camino del purgatorio debe abundar la flor de la esperanza que es la reina de las flores, y en el infierno no puede haberla. Sigamos, pues, el camino de la izquierda, que es el mas florido.

Como lo dijo lo hizo.

Aquel camino era deliciosísimo: los piés se deslizaban por él con facilidad pasmosa.

Flores de maravillosa hermosura y frutos delicadísimos abundaban por todas partes.

Músicas deliciosas recreaban el oido.

Mugeres llenas de hermosura y gracía sonreian y provocaban al viajero, vagando por aquellos jardines ó descansando blandamente en aquellas alfombras de flores.

A la sombra de aquellos floridos pabellones recreaban el olfato y la vista mesas cubiertas de los manjares mas delicados.

Todos los placeres que el diablo y los hombres han inventado para la gloria ó la perdicion del género humano se encontraban alli.

—¡Oh Señor! exclamó D. Mateo, cuán incomprensibles son tus obras para la mezquina inteligencia humana! El que no tenga la fé que yo tengo en tu sabiduria y haya visto como yo el camino del cielo, árido é ingrato, y el del purgatorio fácil y lleno de encantos, ¡cómo podrá creer que uno y otro son obra de la sabiduría suprema!

Tantas bellezas, tantos placeres, tantos encantos, empezaban ya á cansar, á marear, á hastiar, á fatigar á Don Mateo, cuando de repente, á las flores sucedieron los abrojos, á los árboles frondosos árboles agostados; á las alfombras de flores ásperas rocas; á los floridos pabellones horribles cavernas; á las acordadas músicas aullidos de fieras y silbidos de serpientes.

—Ya pareció aquello! exclamó D. Mateo, horrorizado con tanto mas motivo, cuanto que se encontró frente de un edificio sombrío, por cuya puerta, mas sombría aun, salia un humo negro como la pez y apestoso como la asafétida.

De aquel edificio salia un ruido infernal de lamentos, de aullidos, de maldiciones, de amenazas, de golpes, de explosion de minas, de hervir de calderas, de crujidos de huesos, de rechinamiento de dientes, y un olor á chamusquina insufrible.

—He ahí el purgatorio! dijo D. Mateo, y se encaminó hácia la puerta de aquel siniestro edificio.

Al acercarse, retrocedió algunos pasos sintiéndose sin fuerzas para atravesarla.

—*Quid faciendum*? se preguntó; si no entro por buenas es muy posible que alguno de esos gusarapos que andan por ahí me arree y me haga entrar por malas, con el item de algunos dias de recargo en mi condena. Por otra parte, yo que nunca falté á la palabra dada á los hombres, ¿he de faltar á la palabra dada á Dios? Nada, nada, pecho al agua y sea lo que Dios quiera.

Así diciendo, tomó carrera, cerró los ojos, y á la una, á las dos, á las tres, se sopló en aquel antro infernal.

(Se continuará.)

LA MUERTE DEL REY DE PORTUGAL.

Aun resuena en nuestros oidos el grito de dolor, y aun dirémos la voz de alarma, que lanzó el vecino reino al saber la muerte de su jóven soberano, apenas habia pisado las gradas del trono que le legó al morir Doña María de la Gloria. Tales, tan extraordinarias circunstancias acompañaron á aquel triste acontecimiento, que pareció á muchos obra de la malicia humana mas que decreto de la Providencia divina. La familia real entera atacada de una misma y cruelísima enfermedad, el fallecimiento de algunos de sus miembros, el grave estado en que otros quedaban, disculpaban aquellos temores, y por otra parte, las excelentes prendas que habia empezado á mostrar el jóven rey, no menos que la natural compasion que siempre inspira una juventud malograda y un alto porvenir frustrado, hicieron que esta muerte fuese en Portugal harto mas sentida que de otra suerte lo habria sido, aun teniendo en cuenta el amor y la lealtad hácia sus monarcas de que aquel reino con razon se ha preciado siempre.

La bella estampa que en el número de hoy publicamos, presenta una escena de las fúnebres ceremonias que con semejante ocasion tuvieron lugar en la corte de Lisboa. Supónese en la grande y hermosa plaza llamada de Palacio, notabilísima por los suntuosos edificios que la cercan. Esa magnífica estatua, colocada sobre un pedestal no menos magnífico, es la del rey D. Juan el Primero, hijo de la bella cuanto desventurada Inés de Castro. Su pueblo agradecido le dió el hermoso nombrr de *Padre de la patria.* Conquistó á Ceuta y otras plazas de los moros de Africa, aseguró en sus sienes la corona por medio de la para nosotros desastrosa batalla de Aljubarrota, y dió el primer impulso á los descubrimientos marítimos de los portugueses. Bien merecian por cierto semejantes servicios aquel nombre y esta estatua que aquí representada se vé, al pié de la cual, y sobre un enlutado aparato, un alto funcionario rompe el escudo. Dos reyes de armas le acompañan, y detrás un magistrado de la ciudad á caballo lleva el pendon, en cuya asta ondean corbetas de negra gasa.

Los ámplios ropones con que van vestidas las personas del acompañamiento, sus sombreros de extensas alas cubiertos de negras bandas que descienden hasta las espaldas, los cirios que llevan en sus manos, todo indica un servicio fúnebre, así como indica cierta especialidad de costumbres, de trages, de ceremonias, que hace involuntariamente volver los ojos hácia los siglos que pasaron, y cuyo recuerdo es y debe ser grato al pueblo portugués.

© Biblioteca Nacional de España

EN LA PARTIDA A MEJICO

DEL EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

AL MANDO DE LOS GENERALES GASSET Y RUBALCABA.

Allá las naves van! Marte las guia,
La mar rompiendo de la ardiente zona;
Y en su poder, contra la calma impía,
Vence el vapor á la tirante lona.

Allá las naves van! leño que fuerte
Al rudo golpe de las olas brinca;
Y que al cruzar el piélago con suerte
Mil héroes lleva á la region del Inca.

Allá las naves van! su movimiento
Forma de espumas nacaradas blondas:
El mástil rasga al irritado viento
Y el hélice veloz hiere las ondas.

Allá las naves van! Vedlas gallardas
Al aire dar el pabellon hispano;
Vedlas romper, bajo las nubes pardas,
La alfombra azul del golfo mejicano!

Vedlas mostrando el militar decoro,
Guerrero corazon que ansioso late!
Vedlas llevar riquísimo tesoro
Que la patria del Cid manda al combate.

Séres que escuchan en la régia Antilla
De Marte el grito y de Belona el ruego;
Y alegres ván, porque en sus frentes brilla
Del pátrio amor el sacrosanto fuego.

No gimen, no, si su natal ribera
Separa Atlante con su inmensa espuma;
Que ardiendo en ira con valor de fiera
Las palmas ven del índio Motezuma.

Allá va el lidiador, en cuyo escudo
Luce el matiz que nos encumbra tanto!
Allá el que canta en el combate rudo,
Nieto feliz del que venció en Lepanto!

Airosos logren alcanzar victoria
Si el túrbio mar las naves encadena;
Que al soplo fiel de la naciente gloria
Pisen al fin la mejicana arena!

Lléveles á la lid trompa sonora
Sin que al temor el ánimo sucumba;
Y venzan al seguir la triunfadora
Sombra de aquel que se elevó en Otumba!

Al grito de ¡Isabel! con alta frente
Avance el héroe cual violento rayo;
Y el Orizaba la bandera ostente
Que el íbero al vencer clavó en Moncayo.

El ave hispana sus victorias cante;
Y el régio pabellon de grana y oro,
Que en el Africa ayer se alzó triunfante,
Cubra el azul del Anahuac sonoro.

Tostado el rostro, por el sol herido,
Muestre el guerrero en la feroz contienda;
Y del cañon al hórrido estampido
La metálica voz el láuro encienda.

Que en esta lid el español consiga
Vencer el bronce cual venció la aljaba;
Y que en la gloria ó en la tumba diga
—Bravo Gasset, valiente Rubalcaba.—

Caiga el poder del enemigo impío!...
Que Hernan Cortés, rehaciendo sus despojos
Rompe la losa del sepulcro frio
Y en el índico mar fija sus ojos.

No teman, no, los que la Iberia adora
Si el Ponto brama y la tormenta zumba;
Que venzan al seguir la triunfadora
Sombra de aquel que se elevó en Otumba!

ADALIO SCOLA

NOVELA.

EL NOBLE EN LA MISERIA.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion)

Así fué que exclamó con una voz casi suplicante:

—Por amor de Dios, acabad con esas amargas alusiones. Os declaro, á fé de quien soy, que no poseo nada en el mundo.

—Señor de Vlierbecke, repuso el negociante con una sonrisa maliciosa, vamos á concluir el negocio con unas cuantas cifras, y saldremos del paso inmediatamente. ¿Sin duda habeis creido que os he venido á pedir grandes sacrificios? No por cierto; á Dios gracias no necesito andar escatimando, pero el matrimonio es un negocio que se emprende entre dos personas, y justo es que cada una de ellas lleve alguna cosa á la caja comun, aun cuando las partes deban ser desiguales.

—Dios mio! Dios mio! exclamaba el noble estrechando convulsivamente sus puños.

—Vamos, repuso M. Denecker, yo doy á mi sobrino una suma de cien mil francos, y si él quiere continuar en el comercio, mi crédito le valdrá mas que eso todavía. No quiero ni aun deseo que doteis á Leonor con una suma igual; vuestra alta alcurnia, y sobre todo vuestra perfecta educacion, pueden compensar lo que falte en dinero... pero siquiera la mitad... cincuenta mil francos... Creo que consentireis... vamos, respondedme.

Pálido y trémulo, el noble estaba como anonadado sobre su asiento; despues de haber oido estas palabras, dijo con una voz triste y exhalando un profundo suspiro:

—M. Denecker, esta conversacion me mata... cesemos. Os he dicho que nada poseo, y ya que me obligais á hablar antes de darme á conocer vuestras intenciones, habeis de saber que el Grinselhof y sus dependencias están hipotecados por un valor superior al que tienen en efectivo. Inútil es que os revele el orígen de estas deudas, básteos que os repita que os digo la verdad; y ahora, sin ir mas lejos, ya que conoceis cuál es mi situacion, me hareis el favor de decirme cuál es vuestro propósito relativamente al casamiento de vuestro sobrino.

Esta declaracion hecha con febril energía no convenció todavía al negociante. En su rostro se pintó cierta sorpresa, mas sin embargo, dijo con una sonrisa de incredulidad:

—Perdonadme, señor de Vlierbecke, pero me es imposible creeros; no pensaba que fuéseis tan obstinado, mas en fin, ¡cómo ha de ser! cada uno tiene su defecto en este mundo; este es demasiado avaro, el otro demasiado pródigo. Sea como quiera, yo mo propongo hacer alguna cosa para evitar á Gustavo una larga pena. Vamos, dad á vuestra hija veinte y cinco mil francos, bajo la condicion de que la cifra del dote quedará entre nosotros, pues tampoco quiero caer en ridiculo... ¡veinte y cinco mil francos! No direis que es mucho... apenas será bastante para pagar los muebles de la casa. Ea, sed razonable, y aquí teneis mi mano.

Sobrecogido de un extremecimiento nervioso, el noble se levantó de repente y abrió con mano trèmula un armario incrustado en la pared, del que sacó un legajo de papeles que arrojó sobre la mesa diciendo:

—Aquí teneis, leed y convenceos.

El negociante se puso á recorrer los papeles; su fisonomía cambió poco á poco, y de tiempo en tiempo meneaba la cabeza reflexionando profundamente. Entre tanto el noble decia con una voz irónica:

—¡Ah! ¿No queriais creerme? Pues bien, ahí están las pruebas. Preciso es que lo sepais todo, pues no quiero sentarme mas en el banco del tormento; aun falta una letra de cambio de cuatro mil francos que no puedo pagar: ¡soy mas que pobre, tengo deudas!

—¡Y es la pura verdad! exclamó al fin M. Denecker estupefacto: no poseeis nada. Veo en estos documentos que tenemos al mismo notario... Sin embargo, yo le he hablado de vuestra fortuna... y él me ha dejado en mi opinion, ó mejor dicho, en mi error...

Como si una roca se hubiese desprendido de su pecho, el noble respiró mas libremente, y su rostro recobró en cierto modo la serena y digna expresion que la era ordinaria. Volvió á sentarse y dijo con una frialdad contenida:

—Ahora que ya no podeis dudar de mi pobreza, ¿quereis decirme cuáles son vuestras intenciones?

—¡Mis intenciones! repuso el negociante; mis intenciones son que seguiremos siendo buenos amigos como hasta aquí, pero en lo que toca al matrimonio, fracasó; no hablarémos mas del asunto. ¿Qué cuentas os habeis echado, señor de Vlierbecke? Ahora principio á descubrir la verdad; creíais hacer un buen negocio y vender vuestra mercancía lo mas caro posible...

—¡Caballero! exclamó el noble encendiéndose en ira; hablad con respeto de mi hija; ¡pobre ó rica, no olvideis quién es!

—No hay que incomodarse, respondió M. Denecker; no quiero insultaros; muy al contrario, si hubiéseis logrado vuestro propósito, quizá os habria admirado, pero en asuntos de interés, yo no me duermo nunca, señor de Vlierbecke. Y ya que sois tan susceptible en puntos de honra, permitidme que os pregunte si habeis obrado lealmente con mi sobrino permitiendo que tomara incremento en su corazon el amor desgraciado que le devora.

El señor de Vlierbecke inclinó la cabeza como para ocultar el rubor de la vergüenza que cubria su frente y sus megillas, y así permaneció abatido con el peso de una emocion mortal, hasta que el negociante le dijo:

—¿Y no me respondeis?

—¡Ah! exclamó el noble balbuceando, compadeceos de mí; quizá el cariño que tengo á mi hija me ha extraviado. Dios ha concedido á mi Leonor todos los dones que pueden adornar á una mujer en la tierra; yo pensaba que su hermosura, la pureza, de su alma, la nobleza de su sangre, eran tesoros al menos tan preciosos como el dinero...

—Para un noble, quizá, pero no para un comerciante, contestó M. Denecker.

—No seais injusto conmigo; al ver nacer en Gustavo y en Leonor una simpatía recíproca, no he comprimido la inclinacion que les atraia el uno hácia el otro, al contrario, cada dia en mis oraciones daba gracias á Dios porque me habia enviado un salvador para mi hija. Sí... un salvador... pues Gustavo es un jóven honrado que la habria hecho dichosa no por el dinero, sino por la nobleza de su carácter, por la lealtad de sus sentimientos. ¿Es pues un crímen tan grande para un padre reducido á la indigencia por inevitables desgracias, el tener esperanzas de que su hija podrá sustraerse á la miseria?

—No, seguramente, respondió el negociante; el todo es conseguirlo, y para eso habeis dirigido mal vuestras baterías, señor de Vlierbecke; yo soy hombre que examina dos veces la mercancía antes de cerrar el trato, y es muy difícil venderme patatas por limones...

Este modo de hablar, tomado de la lengua del comercio, pareció imponer al noble una tortura cruel, pues se levantó bruscamente y dijo con una cólera que no trataba ya de disimular:

—¿Con que no quereis compadeceros de mi desgracia? Suponeis que yo tenia el proyecto de engañaros; ¿sois vos quien ha descubierto mi indigencia? Despues de las revelaciones que os he hecho, todas voluntarias, ¿no habeis quedado en libertad de obrar á vuestro antojo? ¡Ah! no creais que porque escucho humildemente vuestras reconvenciones y porque reconozco mi error, se haya extinguido todo sentimiento de dignidad en mi alma. Hablais de mercancía como si viniéseis á comprar aquí alguna cosa: ¿es mi Leonor? Todos vuestros tesoros no podrian pagarme lo que vale. Si á vuestros ojos el amor no es bastante poderoso para hacer desaparecer la desigualdad pecuniaria que nos separa, habeis de saber que yo me llamo Vlierbecke, y que este nombre, aun en la miseria, pesa mas que todo vuestro oro.

Mientras pronunciaba estas palabras, una ardiente indignacion se habia pintado en el rostro del noble; sus ojos lanzaban chispas de fuego al negociante, quien turbado por la exaltada voz y animados ademanes del señor de Vlierbecke, retrocedia delante de él mirándole estupefacto.

—¡Dios mio! exclamó al fin, están por demás palabras tan huecas; cada cual se queda lo que es y guarda lo que tiene, nada mas ni menos. Ahora solo tengo que pediros que no recibais mas á mi sobrino... en otro caso...

—¡En otro caso! repitió el noble con voz colérica; ¿me amenazais?

Pero dominándose al punto, dijo con una frialdad aparente:

—¡Basta! ¿Mando que os acerquen el coche?

—Como gusteis respondió el comerciante; si no hemos podido hacer nuestro negocio, no es una razon para que seamos enemigos.

—Está bien, no hablemos mas, caballero.

Y al decir estas palabras llevó al negociante hasta la puerta y se despidió de él con un breve saludo.

El señor de Vlierbecke se volvió al salon, se dejó caer sobre un asiento y se llevó convulso las manos á su frente, en tanto que un ronco suspiro se exhalaba con trabajo de su oprimido pecho.

Un rato permaneció silencioso é inmóvil, pero en breve sus manos cayeron sobre sus rodillas. Estaba pálido como un difunto; su alma se hundia en el abismo de los mas terribles pensamientos, y sin embargo, ni el mas ligero movimiento nervioso venia á manifestar en su semblante el martirio de su corazon.

De repente oyó un ruido de pasos en el cuarto superior, que le hizo volver en sí, y exclamó con angustia:

—¡Dios mio! ¡mi pobre Leonor!... Aun no he sufrido bastante!.. Tengo que despedazar el corazon de mi hija arrancando de él todas sus esperanzas... ¡Ah! ¡si pudiese evitarla tan horrible revelacion!... ¿Qué decir? ¿Cómo expresar?...

Una sonrisa amarga plegó sus labios, y repuso con triste ironía:

—¡Ah! oculta tus sufrimientos, ten valor. Sonríete con la muerte en el alma... Sí, la vida es para tí una eterna burla; pero ¿qué puedes hacer, miserable, mas que someterte, ceder sin lucha y aceptar el yugo que te imponen? Fuera todo sentimiento de rebeldía; silencio, aquí viene tu hija.

En efecto, Leonor abria la puerta del salon y corria á su padre clavando en él una mirada radiante de esperanza.

Por grandes que fuesen los esfuerzos que hacia el señor de Vlerbecke para disimular su ansiedad, esta vez

© Biblioteca Nacional de España

no pudo lograrlo, y Leonor leyó en breve en sus facciones que estaba poseido de un dolor profundo.

Viendo que guardaba silencio, comenzó á temblar y preguntó anhelosa:

—¿Qué es lo que hay, padre mio?

—Pobre hija mia, respondió el noble, no somos dichosos; Dios nos somete á pruebas bien duras, inclinémonos ante su voluntad.

—¿Qué quereis decir? ¿qué debo temer? exclamó Leonor en el colmo de la angustia; hablad, padre mio, ¿se ha negado?...

—Sí.

—¡Oh! Es imposible...

—Se ha negado porque posee millones y nosotros estamos en la miseria.

—¡Dios mio! ¿He perdido á Gustavo para siempre?

—Para siempre, Leonor, respondió el padre con una voz sombría.

Un grito agudo se escapó de la boca de la jóven, que corrió á la mesa é inclinó sobre ella su cabeza angelical llorando amargamente; fuertes sollozos levantaban su pecho, y de tiempo en tiempo murmuraba con desesperacion el nombre de su amado.

El noble se levantó y contempló un instante el dolor de su hija. Una tristeza indescriptible se hallaba pintada en su rostro; su mirada tan expresiva por lo comun estaba apagada, y estrechaba convulsivamente los puños.

Acercándose mas á la jóven, la dijo cruzando las manos y con una voz suplicante:

—Leonor, ten piedad de mí. En la fatal conversacion que he tenido con M. Denecker, he sufrido todos los tormentos que pueden martirizar el corazon de un padre... he apurado hasta las heces el cáliz de la humillacion... pero todo eso no es nada comparado con tu dolor... Te suplico, hija mia, que alces á mi tu suave semblante, que me des fuerzas con tu conformidad... ¡Ah! Leonor, mi cabeza se extravía.

Y al hablar asi se dejó caer en un asiento abatido por una emocion terrible. Leonor se acercó á su padre, apoyó la cabeza sobre su hombro y dijo con una voz entrecortada por los sollozos:

—¡No verle mas! ¡Renunciar á su amor! ¡Perder una felicidad anhelada durante tanto tiem!...

—¡Leonor! ¡Leonor! exclamó el noble con acento doloroso.

¡Oh! padre mio, repuso la jóven, ¡perder á Gustavo para siempre!... Este pensamiento me asesina... en tanto que esté á vuestro lado daré gracias á Dios... pero en este instante las lágrimas me ahogan, ¡dejadme llorar!...

El señor de Vlierbecke estrechó á su hija sobre su seno, y respetó silenciosamente la afliccion de la desventurada jóven.

(*Se continuará.*)

NECROLOGIA.

El miércoles 22 del próximo pasado Enero falleció á la florida edad de 33 años nuestro especial y distinguido amigo el Dr. D. Imperial Iquino y Caballero, víctima de una brevísima y cruel enfermedad. Las pocas horas que habia durado su padecimiento hicieron que para los mas de sus numerosos amigos en la noticia de su muerte llegasen envueltos el dolor de la pérdida y el estupor de la sorpresa. Cádiz entera cubrió de luto su corazon, porque si el que acababa de desaparecer de entre los vivos no habia visto la primer luz dentro de sus muros, por origen, por educacion, por afecto, era su verdadero, su amado, uno de sus mas predilectos hijos. Ella se habia complacido en sus primeras tareas, porque sus primeras tareas fueron ya sus primeros triunfos; ella habia admirado el precoz desarrollo de sus extraordinarias facultades, y ella, en fin, le señalaba desde entonces un porvenir de gloria, que se ha realizado en cuanto pudieron permitírselo los breves años de su vida.

Iquino nació en Villa Clara (isla de Cuba), donde á la sazon se hallaba establecido su padre, hoy distinguido catedrático de esta Facultad de Medicina. Vuelto éste á su pais natal, al que honra con su saber y al que enaltece con su nombre, trájose en su compañía su familia, y el que es objeto de éste artículo, muy niño aun, comenzó aqui sus primeros estudios, ingresando despues como alumno en esta escuela médica. Sus cursos fueron una brillante serie de triunfos, y los ejercicios de todos sus grados, hasta el supremo de Doctor, que recibió en Madrid, le dieron ámplia ocasion de mostrar los conocimientos profundos que habia adquirido en las aulas y en los libros de la ciencia.

Los actos de oposicion, merced á los cuales obtuvo una plaza de bibliotecario de la Facultad, fueron el primer indicio público de la generalidad de su saber, y desde entonces su nombre comenzó á figurar entre los de aquellos que habian de ser la esperanza de la escuela gaditana.

Como profesor agregado á ella tuvo á su cargo en ocasiones diversas cátedras, cuyo desempeño brillante hizo subir de punto su ya bien merecida fama, y la Academia de Medicina le dió en su seno con el mayor placer un asiento que habia ganado en pública y solemne oposicion. Si fué digno de esta honra díganlo sus tareas en aquel cuerpo científico, y dígalo el discurso inaugural con que dió principio á las de uno de los últimos años; trabajo bien pensado, superiormente escrito, y que la Academia guarda como una de las mejores joyas de su rico archivo.

Dotado Iquino de un clarísimo talento, de una prodigiosa memoria, de una inquebrantable constancia en el estudio, de un extraordinario deseo de saber, no limitó sus conocimientos á los exclusivos de su carrera: poseia el francés, el inglés, el italiano, el aleman, el latin y el griego, de cuya última lengua era profesor en el colegio de Santo Tomás de Aquino de esta ciudad, y tenia muy adelantado, si ya no del todo concluido, el trabajo de una gramática de la lengua latina por el método de Ollendorff, á imitacion de las que respecto á las lenguas francesa é inglesa ha publicado, para grande honra suya, el ilustre gaditano D. Eduardo Benot, nuestro querido y digno amigo.

La organizacion del Ateneo de Cádiz, debido al ilustrado celo y perseverante solicitud del Sr. D. Miguel Ayllon y Altolaguirre, abrió un nuevo y anchuroso campo á las glorias de nuestro malogrado y jóven amigo. Creáronse cátedras, y él tomó á su cargo la de literatura española y francesa comparadas, la cual trocó desde el inmediato curso en una de Historia natural del hombre, que aun desempeñaba cuando la muerte nos le arrebató. Del modo como cumplió su cometido en uno y en otro curso no hablarémos; hablen por nosotros los que con tanta avidez, con placer tan singular, con interés tan vivo corrian asiduamente á escucharle. La extension de sus conocimientos, la novedad con que sabia presentarlos, aquella palabra siempre tan fácil, siempre tan elocuente, se llevaban tras si al numeroso auditorio que parecia estar pendiente de sus labios. ¡Qué no habria sido ya, qué no habria podido llegar á ser Iquino á no haber tenido, como no tuvo nunca, otra ambicion que la nobilísima y loable del saber!

Morigerado en su vida privada, sencillo en sus costumbres, en edad robusta, no era posible esperar que tan presto desapareciese de entre nosotros. Grande era su porvenir: por eso su pérdida ha sido doblemente sentida, doblemente llorada. Cádiz acudió con el asombro en el semblante y la pena en el corazon á rendir en sus exequias un justo tributo á la imperecedera memoria de aquel malogrado jóven. Pocas veces recordamos haber visto tanta espontaneidad, tan sincero sentimiento.

En medio de la desgarradora pena que sus cariñosos padres han experimentado, debe al menos haberles lisongeado este testimonio unánime de aprecio ofrecido por un pueblo entero al recuerdo de un hijo que con tanta razon hizo sus delicias.

La Academia de Literatura del Ateneo, de que este fué miembro, y á la que honró con algunas composiciones suyas, si pocas por su número, notables por su mérito literario, tenemos entendido que ha acordado lo conducente para dar una solemne muestra de su aprecio al amigo que perdimos, y sobre cuya tumba depositamos hoy esta pobre flor.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Dos palabras sobre la opera Un ballo in maschera.

Segun sospechábamos, esta ópera va ganando en el favor del público. Le oye con placer, y hasta hace ya repetir alguna pieza, como aconteció el domingo último con el bellísimo terceto del hoy tercer acto, segundo de la ópera original. Verdad que es de lo mas lindo que se escribe, y que pocas cosas de Verdi le igualan en novedad y armonía.

Sin embargo, no era tal precisamente nuestro objeto al escribir estas breves palabras. En nuestro anterior artículo casi nos concretamos á su argumento, y de una coincidencia del argumento vamos á hablar; porque ya que en España tanto se plágia, bien es notemos para nuestro consuelo que fuera de España se estilan plágios tan mayúsculos como el que nos proponemos señalar.

En el verano de 1848 se puso en escena por primera vez en el teatro Principal de Cádiz una ópera del Maestro Mercadante titulada *El Regente*. Pues bien, *Un ballo in maschera* es el mismo mismísimo *Regente*, asi en su argumento como en el órden de sus escenas, excepto tal cual muy rara, llegando la identidad hasta el punto de conservarse iguales en una y en otra los nombres de algunos personages, como por ejemplo el de Amelia y el de Oscar. No hay mas sino que el ahora gobernador de Bóston era allí regente de Escocia, que el secretario Renato no es otro que el duque de Hamilton, que la hechicera Ulrica se llamaba Meg y que los conjurados tienen distintos nombres en una y en otra ópera. Diremos mas, y es que en *El Regente* todo está algo mejor justificado que en la otra, porque es harto mas natural el que un personage de la categoría de Ricardo ó de Murray sea amigo íntimo de un duque que no de su propio secretario, y se concibe mucho mejor que se conspirase en Escocia á favor de María Estuardo en 1570, siendo regente su hermano natural y su perseguidor el conde de Murray, que no que se conspirase en las colonias en la fecha en que supone *Un ballo in maschera*, contra un mero gobernador. Es además histórico el que Murray murió á manos de un cierto Hamilton, aunque por causa bien diferente.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TERCIOPELO VIOLETA. La parte baja de la enagua está guarnecida con una tira de piel gris (chinchilla) de unos 10 centímetros de ancho; corpiño montante; mangas semi-anchas, señalando un poco el codo, y con vueltas orladas de chinchilla. Gran manteleta con paños por delante, en forma de albornoz por detrás, y capucha. Esta manteleta es de terciopelo violeta, y enteramente guarnecida por una tira de chinchilla de 7 centímetros de ancho. Manguito de chinchilla. Sombrero de terciopelo violeta.

TRAGE DE MUARÉ ANTIQUÉ BLANCO SIN NINGUNA GUARNICION. La enagua forma alguna cola por detrás; el corpiño escotado, con cinturon, está guarnecido de paños de tul blanco; las mangas, muy cortas, se componen de un bullon terminado por un plegado de tul: el cinturon es de terciopelo verde; al lado izquierdo tiene un lazo igual, terminado por dos cabos muy anchos, muy largos, y formando cada uno dos puntas, del extremo de las cuales penden borlas de oro; en el delantero del corpiño va puesto un lazo igual, pero con tres puntas, y una borla de oro en cada una de ellas. El peinado se compone de una cresta de terciopelo verde formando diadema; al lado izquierdo de la cabeza se coloca hacinados capullos de rosa.

EL SALTO DEL CABALLO.

Estrofa de una letrilla.

	que	el	el	sa	ve	ce	á
cie	o	mien	mue	que	bien	de	la
ve	da	ce	me	ve	pen-	des	re
fre	lo	sua	me	ho	pa	na	mi
so	pla	ra,	me	y	tal	me	ba
y	ya	vien	un	duer	jo	gre	con
So	man	som	so	to,	a	mo	do
bra.	al	que	to	su	ni	ten	le

Principia en la 1.ª casilla de la hilera sétima, contando de alto á bajo, y termina en la 1.ª de la octava.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mútuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

Los pedidos se dirigirán al Administrador
D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA.
Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España